

ESTUDIOS y NOTAS

LA IDEA DE PATRIA EN JOSE ANTONIO

Tres sentidos tiene en José Antonio la idea de la Patria: un sentido poético, un sentido crítico y un sentido trascendental. En estas tres direcciones se articula toda su dialéctica del patriotismo. Nadie antes que él, con tanta claridad, ardor y riesgo, había contemplado a España. Nadie como él había traído un estilo nuevo de amor a la Patria. Lo primero que sonaba a nuevo en su discurso fundacional de la Falange era «aquello de la poesía».

EL SENTIDO POÉTICO

«Yo creo —dijo con toda la fuerza de su fe juvenil— que ya está alzada la bandera. Vamos a defenderla alegremente, poéticamente. A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar frente a la poesía que destruye la poesía que promete!»

Cuando él decía «los poetas» no se refería a los que tienen premios en juegos florales o publican libros de versos en Adonais. Quería decir hombres con un patriotismo poético y creador, que, a veces, como Píndaro, Virgilio y Dante, también hacen versos. Y añadía: «En un movimiento poético nosotros levantaremos este fervoroso afán de España, nosotros nos sacrificaremos, nosotros renunciaremos y de nosotros será el triunfo.»

Acertó y, al acertar, demostró que su patriotismo era poético, porque el poeta, el «vate», en su significación original. «vaticina» el futuro, adivina, acierta. En la Escritura son inseparables profecía y poesía. El poeta presiente el futuro, como «vate», o halla las fuentes escondidas de las almas como «zahorí», como «trouveur», como trovador. Para José Antonio, el poeta no es en modo alguno aquel que se encierra en torres de marfil, sino el que participa en el combate de su tiempo y de su patria, presiente la victoria segura, anima y canta esta victoria a la manera clásica.

ca. como Tirteo, como Píndaro. El poeta mueve y anticipa el canto innumerable de los que se aprestan a la lucha, cuyas voces, como en Salamina, se levantan y crecen a la par de la luz de la aurora. O son como los gallos de la amanecida victoriosa de la Patria, según el verso del *Mío Cid*: «¡Apriesa cantan los gallos que quieren quebrar albos!»

Cuando José Antonio define a su movimiento como poético y cuando afirma que a los pueblos solamente los mueven los poetas, demuestra una gran sabiduría para el entendimiento de la historia. Es preciso explicar y situar sus palabras para que alcancen la plena exactitud. Habla José Antonio en un momento de crisis atroz para España. El, entonces, descubre que en las grandes crisis de la historia solamente las fuerzas poéticas, las exclusivamente movidas por seres poéticos, como son el poeta, el héroe y el santo, «pueden» lo que el político «ya no puede». Por esta «partícula divina» de poesía, por esta centella celeste que José Antonio puso en la Falange y que trascendió, luego, hecha incendio a todo el Movimiento Nacional, se logró la victoria.

LA FE POÉTICA Y CREADORA

«Levantaremos —dice—, con la poesía, este fervoroso afán de España...» La poesía, entonces, contiene en sí la fe en la Patria, inseparable de la fe en Dios, como supremo conductor de la historia, o sea lo que mueve al héroe, al santo y al poeta. Ese patriotismo poético, esa fe poética en la Patria, mueve las montañas, transforma cuanto encuentra con ímpetu creador y levanta y logra milagros. José Antonio cree en estos milagros. Esta es la raíz de lo que llamamos MOVIMIENTO. Muchos dicen ahora que el resurgimiento alemán después de la implacable derrota, es un milagro. Sí. Es un milagro de la fe poética en la Patria, porque los alemanes, a diferencia de otros pueblos, no han perdido esta fe, este inacabable tesoro, que, unido a la perseverancia, siempre ha sido el secreto de todas las victorias.

Ya en los días aquellos en que José Antonio nos hablaba, en muchos pueblos europeos decaía la patriótica y poética fe, y con esta decadencia se ponía el sol para esos pueblos y para Europa misma.

Veía José Antonio que en la historia de las naciones, cuando

la fe en la Patria está viva. son las épocas entusiastas, luminosas, victoriosas, creadoras y alegres, mientras las épocas sin fe en la Patria aparecen transidas por el desengaño, grises, derrotadas, infecundas y tristes. Lo primero que ve a su alrededor es esto: una España sin fe ni poesía. Un alto sentido tradicional, un alto sentido moderno encauzaba esta poesía cruda y desnuda, creyente y virginal, misteriosa y sencilla, que era lo contrario de la fervorosa retórica y venía para ser, sobre todo, su aniquilamiento y su ruina.

EL SENTIDO TRÁGICO

¿De dónde —os preguntaréis— sacó José Antonio esta actitud espiritual? El mismo nos reveló el secreto. Sacó esta actitud del amor y el dolor, de la ley de amor y dolor que le regía y le movía para el entendimiento de España, porque su punto de partida, el más íntimo, primero, recatado e intransferible de sus puntos iniciales, consiste en que él llevó a España en su corazón y en su mente desde la primera juventud, con un profundo, inmenso y casi desesperado amor. Su poesía, su filosofía, su esperanza de España se hacían en él carne y hueso, carne viva y ley animada. Pero antes de que su poesía se completara con la crítica, primero, y con la voluntad de unidad trascendental, después, partió de la tragedia. Alguna vez, simbólicamente, me he solido imaginar a José Antonio, adolescente aún, pensativo, en el banco de piedra del jardín, una tarde temprana de primavera. Avanzaba hacia él, levemente, como criatura no mortal, una musa enlutada de divina belleza. Y le dijo: «Yo quiero estar siempre contigo.» Y con él se quedó hasta la muerte. Ella le dió el último beso de amor sobre la frente ensangrentada, hoy diecinueve años hace, en la madrugada de su fusilamiento. Así le amó la más divina, la más noble y alta de las musas, porque ésta era Melpómene. Era la Tragedia.

El partió, sin que para eso necesitara recordar o estudiar a Unamuno, de un sentido trágico de la vida, de un sentido trágico de la España de su tiempo y de la poesía de la España de su tiempo. El partió del dolor de España, por causas que futuros biógrafos analizarán, y fueron, en círculos concéntricos, de lo íntimo a lo público. Dice la mística doctora Santa Catalina de Sena

que las cosas que tienen buen fin, como son las de Dios, suelen comenzar con tribulaciones y amarguras, mientras las cosas que van a mal fin, como son las de Satanás, hallan principios fáciles, alegres y halagüeños. Aquello que dijo: «Amamos a España porque no nos gusta», recordaba los estremeceadores versos de Oseas, el profeta, que San Pablo repite: «Llamaré al que no era mi pueblo, pueblo mío, y a la no amada, amada.»

Cuando mi querido y gran camarada Eugenio Montes conoció a José Antonio me dijo en seguida que José Antonio era el Amadís de España, su paladín enamorado. En seguida le conoció el amor, pero no tanto le adivinó la tragedia. Ama José Antonio con amargura, y la España que ama está hecha también, para él, de tierra amarga que se empapa de cielo. Pero, por eso mismo, esa España fué para nosotros la tierra de la aurora, que es también amarga y celestial. Por eso cantamos: «¡En España empieza a amanecer!» ¡Amargo amanecer. Señor, con todos aquellos camaradas muertos, y él, primero de todos!

EL SENTIDO CRÍTICO

La poesía trágica necesitaba en José Antonio, como en todo alto espíritu que la haya sentido, el consuelo de la filosofía. Necesitaba saber por qué sufría tanto de amor y si este sufrir tendría algún remedio y cuál era. Empieza a preguntarse por qué ha llegado a tal degradación y atraso la España de su tiempo, dividida, además, por todos los odios y todas las pugnas, inficionada de todos los morbos, que también estaban ya corrompiendo a casi toda Europa. Busca entonces un camino, o, mejor dicho, una salida para salvar a Europa y a España. Sobre el río de la barbarie irruptora, una vez imagina algo como el salto de Alvarado, el salto de la orilla de una historia caduca que se deshace a la orilla fresca, fragante y soleada del mundo futuro. Pero no quiere vivir únicamente de ilusiones. «Los hombres del 14 de abril —dice— pareció que llegaban de vuelta del patriotismo y llegaban por el camino mejor: por el amargo camino de la crítica. Esta era su promesa de fecundidad —que no cumplieron—, porque yo os digo que no hay patriotismo fecundo si no llega por el camino de la crítica. Y os diré que el patriotismo nuestro también ha llegado por el camino de la crítica. A nosotros no nos emociona poco ni

mucho esa patriotería que se regodea con las mediocridades, con las mezquindades presentes de España y las interpretaciones gruesas del pasado. Nosotros amamos a España porque no nos gusta.»

LA APOLOGETICA VACIA

¡Las interpretaciones gruesas del pasado! Está harto de oír a los oradores favoritos de las derechas, a los divos del orden, la propiedad, la Hispanidad y la familia, sus hinchadas, huecas apologías con sus cabalgatas históricas y literarias que son como el opio del patriotismo esencial y verdadero, crudo, exacto y difícil —como decía él—, desesperadamente esperanzado.

José Antonio es un joven serio, responsable y seguro. Viene a interrumpir ese coro senil de barbudos que cantan una especie de caricatura o palimodia del *Carmen scolare*, una especie de canto secular de la patriotería. Las barbas blancas tiemblan en los trémolos de la falsa patética que rememora engoladas y floridas glorias españolas en apologías que parecen compuestas para que la juventud abomine de la Patria y se marche a jugar al dominó y a leer *El Socialista* en la Casa del Pueblo.

CRÍTICA Y MILAGRO

José Antonio trae el viento puro y crudo y la helada cuchilla que dispersa y raja esa mojjiganga patriotera. Amamos a España porque no nos gusta. Este mismo secreto lo encerraba en su alegoría el antiguo cuento de hadas. La maldita hechicera ha dado a la princesa una apariencia horrible. Pero el príncipe, con su ternura, su piedad, su desvelo, su abnegado amor de caridad, la desencanta y le devuelve su resplandeciente y prodigiosa hermosura. Este milagro es el que espera José Antonio. Su voluntad patria, su amor patrio, se va a encaramar heroicamente sobre toda su visión crítica y certera de la Patria, sobre todo su pesimismo crítico. Toda España quiere ir abajo como nunca. Y entonces grita él: ¡Arriba España!

Por aquel entonces un político, jefe de unas derechas que llamaban autónomas, dijo estas dos cosas: «Que políticamente no

creía en la crítica ni en los que hacían críticas», y «que políticamente no creía en milagros».

Le contesté yo mismo, entonces, según la naciente doctrina folangista, en un ensayo breve, bajo el título «Crítica y milagro», y le dije que nosotros, para la política y para todo lo humano y lo divino, solamente creíamos en la certera crítica, según nuestra razón, o en la evidencia milagrosa, según nuestra fe. Para José Antonio, razón crítica y fe poética ni se contraponen ni se contrapesan: son inseparables; una sirve de continuación y comprobación a la otra, y las dos concurren como necesarias condiciones del amor, no niño ciego, no niño vendado, sino angélico ser de ojos iluminados y abiertos, inteligencia pura de amor, «*intelletto d'amore*», que había cantado el Alighieri.

Dijo en su discurso de Zaragoza que la crítica de una España mediocre, entristecida y melancólica, a las izquierdas les había conducido al odio, y a nosotros, al amor.

«Nuestra tierra —dijo en la Puebla de Almoradil— fué señora del mundo y dió vida y espíritu a otras muchas tierras. Pues bien, hoy lleva una vida chata, desfallecida, sin entusiasmos, cerrada en dos capas que la asfixian y comprimen. Por arriba, le han quitado toda ambición de poder y de gloria; por abajo, todo afán de mejoramiento de las gentes humildes. Ambas cosas provienen de que hemos dejado de ser una fuerte unidad para convertirnos en una serie de divisiones.»

El patriotismo de José Antonio responde a tres cosas: una fe, un juicio y un fin. A la fe sirve una poesía vaticinadora; al juicio sirve una crítica racional; al fin histórico sirve la unidad de destino.

A través del amor —fe poética o contemplación poética de España— y a través del entendimiento, análisis de nuestra génesis histórica, síntesis de las grandes constantes, crítica racional de España en el Espacio y en el Tiempo, llega José Antonio a su gran tesis, a su *mégale idea*: la unidad de destino en lo universal.

LA UNIDAD DE DESTINO

Mi querido y antiguo amigo Paco Alcayde abrió el curso académico de 1939 a 1940, en nuestra Universidad, con un discurso sobre estos temas, donde pudo él poner una capacidad metódica que yo no alcanzaría.

A lo largo de toda la predicación fundacional de José Antonio, la idea que a todas sus demás ideas mueve y, a la vez, la idea movida por todas sus demás ideas, es esta de la «unidad de destino».

«No concebimos —dice José Antonio— mezquinamente a España como entidad física, como conjunto de atributos nativos (tierra, lengua y raza), en pugna vidriosa con cada hecho nativo local. Aquí no nos burlamos de la bella lengua catalana, ni ofendemos con sospecha de mira mercantil los movimientos sentimentales de Cataluña. Lo que sostenemos aquí es que nada de eso puede justificar un nacionalismo, porque la nación —o mejor, la Patria— no es una entidad física individualizada por sus accidentes orográficos, étnicos o lingüísticos, sino una entidad histórica diferenciada de las demás en lo universal por una propia unidad de destino.»

Toda su dialéctica rige con este criterio seguro de universalidad y distinción.

CAUSALIDAD Y FINALIDAD

Durante mucho tiempo toda la historia se había considerado como historia de causas: «Causas de la decadencia de Roma», «Causas de la formación del Imperio español», «Causas de las guerras púnicas».

El orgullo histórico se ponía también en las causas determinantes, en los orígenes, en los aborígenes, en los autóctonos, en las cuevas de Altamira, en los iberos. Todo el nacionalismo que ha dominado a Europa por largos períodos se fundaba en este determinismo histórico, en los orígenes de la nación, y se era nación por causas referidas a los iberos, los galos, los celtas o los pictos y escotos; por una genealogía que empezaba en dólmenes, cavernas, inscripciones rupestres, cráneos, memorias de lenguas extinguidas. Estas eran las raíces del orgullo patrio. Todavía hoy hay quienes en el arte o en la poesía se ufanan de reconocer esencias ibéricas o tartésicas. A la política también trascendió esta idea de «causalidad», y así se dijo «la causa liberal», «la causa republicana», «la causa carlista». Se trabajaba por «la causa». Aun en grandes pensadores, en Menéndez Pelayo, en Unamuno, en Ganivet, la Patria se fun-

daba mucho en el carácter, o, a lo más, en el estilo como depuración histórica y estética de este carácter que, naturalmente, había de fundarse en la etnografía, la raza, la tierra.

LA HISTORIA DE FINES

José Antonio ha sido el primer político, el primer conductor, fundador y pensador español que de una forma clara y resuelta vino a oponer el concepto de un patriotismo dirigido a la finalidad contra un patriotismo deducido de la causalidad. No es que negase la causalidad en la Historia. La causalidad acompaña, pero no guía. Guía el fin. La historia es historia de fines, en su grado más alto: espirituales, morales, universales, religiosos. La Patria no existe, ni opera, ni se guía, ni se justifica por tal o cual causa, sino para tal o cual fin. La convergencia hacia este fin, hacia esta gran misión española, exige, sobre el carácter, la armonía operante, esperanzada, y ambiciosa de los hombres, las clases y las tierras de España. La Patria no tiene su mayor fundamento en un carácter nacional deducido de causas históricas, sino en una armonía nacional exaltada hacia fines. La Patria se funda en un fin. Se cimienta y justifica en un fin. La Patria no es una tradición vuelta hacia atrás, sino una misión movida y empujada hacia adelante por la sucesión de las generaciones; una patética solidaridad de vivos y muertos y de todos los que nacerán, porque a cada momento ella debe ser una conciencia actual de los antepasados y los descendientes, y ella mueve toda nuestra acción como responsabilidad frente al futuro. «España no es nuestra —dice José Antonio— como cosa patrimonial. Nuestra generación no es dueña absoluta de España: la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores y ha de entregarla como depósito sagrado a las que le sucedan.»

Para las derechas, para los patriotas que José Antonio se encontró al nacer, el amor a la tradición y a la Patria se fundaba en lo que tiraba hacia el pasado. Cuanto más amante del pasado, se era más patriota. Se elogiaban las ideas rancias, la filosofía rancia. Para José Antonio, la tradición vale en cuanto nos empuja hacia el futuro; el patriotismo vale como tirón imperioso que sentimos en todo nuestro ser hacia la gloria de un mañana español.

Para su concepción platónica de la armonía convergente hacia la unidad de destino, parecía predestinado el símbolo del yugo. Dice Platón en su famoso diálogo de las etimologías que la palabra yugo viene de «duogon», conducir dos juntos, y de ahí viene también la idea de conyugalidad y el poner en la ceremonia nupcial a los esposos bajo el yugo, como símbolo de unidad de los dos en el común destino, que sólo desahará la muerte.

La fecundidad, la perpetuidad, la dignidad en el futuro exigen siempre fidelidad a la unidad de destino, desde la sociedad conyugal hasta la sociedad patria.

Prosiguiendo en el desarrollo de su tema capital, José Antonio dice: «La Patria es el único destino colectivo posible. Si lo reducimos a algo más pequeño, a la casa, al terruño, entonces nos quedamos con la relación casi física; si lo extendemos al universo, nos perdemos en una vaguedad inasequible. La Patria es justamente lo que configura sobre una base física una diferenciación en lo espiritual: la Patria es, cabalmente, lo que une y diferencia en lo universal el destino de todo un pueblo. Es, como decimos nosotros siempre, una unidad de destino en lo universal.» Los conceptos, como es costumbre en José Antonio, se precisan aquí con gran exactitud.

ACTUALIDAD POLÉMICA DE LA IDEA DE PATRIA

Hoy, en 1955, estos conceptos son de una enorme actualidad polémica. Hoy se intenta sustituir la misión universal de las grandes patrias por un cosmopolitismo, europeísmo o federalismo que nos haría, en lugar de españoles, franceses o alemanes, ciudadanos de Occidente o del mundo. Se piensa obtener una Europa más fuerte y unida rebajando la personalidad y la fuerza de sus grandes componentes históricos. En parte ello proviene de que naciones que ven declinar sus imperios, relajarse el patriotismo de sus ciudadanos y pasar la hora de su grandeza, quieren que todos renunciemos y nos fundamos en un abrazo melancólico de europeidad o universalidad. Más o menos turbios intereses van insertándose en el confuso y difuso propósito. Ni Norteamérica, ni Rusia, ni Alemania, ni nosotros, ni otros muchos pueblos que se

sienten vivos y animados por alguna ilusión o ambición, querrán decidirse por esa renuncia final de la patria, a la media luz de unas pantallas ginebrinas. No.

MONSTRUOSIDAD DE UNA EUROPA UNIFORME Y SIN PATRIAS

Esa monstruosa confusión de la unidad o armonía de Europa con la uniformidad de Europa, contradicen cuanto nos enseñan la naturaleza, la historia y la filosofía. Todo el universo natural está formado por desigualdades jerárquicas, diferencias y aun contraposiciones en la calidad y la extensión: agua, airc, fuego, tierra, animales, vegetales, minerales, estrellas de diversas magnitudes y composiciones en el cielo... No habría posible universo natural ni histórico sin diferenciaciones. Si el mundo, como decía el cardenal de Cusa, es una noble estrella, y si el hombre ha sido creado a imagen de Dios, ello se reconoce precisamente por la riqueza de elementos y órganos diferenciados, que hombre y mundo logran armonizar en sí. Cuanto más se sube en nobleza dentro de la escala de lo creado, del mineral al hombre, menos uniformidad encontramos en cada ser. Un mineral, sea un mineral cristalizado, nos muestra uniformidad total en sus partes. El hombre, como compuesto de cuerpo y alma, con su variedad rica y armoniosa de órganos y tejidos, llega al máximo de diferencias posibles entre sus partes componentes.

Esta comparación del mineral y el hombre contiene en sí una profunda enseñanza política para los que quieren concebir una armonía o unidad futura de Europa y del mundo. La unidad lograda por partes bien diferenciadas es más fuerte, de grado superior y mucho más noble —y aun heroica diría— que la lograda en partes uniformes. Si partís un mineral en dos pedazos, padece la extensión, pero no la calidad, y para los principales empleos metalúrgicos o científicos propios del mineral aquél, los pedazos partidos sirven igual que juntos. Por el contrario, la unidad entre las partes del cuerpo humano es tal que, separando uno de los órganos nobles de la unidad constitucional del ser humano, muere el hombre y el órgano también. Todo nuestro cuerpo está viviendo de nuestro corazón, y nuestro corazón está viviendo de nuestro cuerpo. Lo mismo sucede con el hígado, los riñones, los

pulmones, el bazo o el cerebro; todos ellos necesitan unos de otros, cada uno necesita del cuerpo entero y el cuerpo entero necesita de cada uno. Por ser cada uno diverso es insustituible.

UNA EUROPA ARMONIOSA

Este mismo sería el ideal para el cuerpo de una Europa humanamente armoniosa, a la vez diferenciada y ligada a vida y a muerte. El ideal del universal imperio que Dante formuló en su *Monarquía*, meta suprema, quizás irrealizable de todas las unidades de destino, sólo sería posible cuando cada patria, con su misión universal, se hiciese indispensable al mundo entero, y cuando el mundo entero fuese necesario a la misión universal de cada patria. Todo lo que en contrario se proyecta, confundiendo lastimosamente unidad con uniformidad, y monorritmia con armonía, sólo sería una plomiza mesocracia de pueblos, una triste mineralización sociológica de Europa, tal como la pueden imaginar ciertas mentes mediocres de la banda democristiana o socialista.

La universalidad no alcanza su grandeza, ni aun su función histórica, sin variedad de patrias que la sirvan y la sustenten en superior armonía, ni tampoco alcanza grandeza ni plenitud en su función la Patria sin unir, como Roma, para un común destino, gentes diversas, regiones, clases, tribus y comarcas. Asimismo, la grandeza y alegría de una ciudad está hecha de la variedad, de la personalidad y aun de la rivalidad y emulación de sus barrios. Así quisiéramos a Europa. La ley de armonía manda que la armonía de cada una de las partes sea de igual naturaleza que la armonía del todo. La unidad de destino de una ciudad, de una Patria, de una Europa o de un mundo sólo se puede concebir según las mismas leyes vitales e históricas para el todo y para sus partes.

Precisamente en la prensa de estos días, bajo el título «Amor de Patria, primer deber europeo», el católico ex canciller alemán Franz von Papen comenta y reafirma con su excepcional autoridad, un artículo mío donde se esboza esta misma tesis, y cita, en especial, este párrafo: «Sin el Quijote y sin obras de hombres que han expresado el genio de su patria —Platón o Dante, César, Shakespeare o Goethe—, esta Europa no existiría, o si existiese no valdría la pena de auropeizar nada.» Quiero

desde aquí dar las gracias a Franz von Papen por el honor y favor que me hace.

Otra razón tenía José Antonio, además, para justificar la misión de la patria. Salvo raras excepciones ilustres, ni el individuo, ni la familia, ni la ciudad, son capaces de un acceso directo a la plenitud de la vida universal. La armonía y el orden del mundo se articulan con escalas de fines, y la Patria es el grado superior de la escala que comienza en el individuo para la participación en la vida del universo. Así, ni para el mundo ni para el hombre parece posible ni operante una universalidad sin patrias.

NO TODAS LAS PATRIAS SON IGUALES

Pero José Antonio no cree que todas las patrias son iguales. Cree que hay una jerarquía histórica entre los pueblos. Dice así en su discurso al segundo Consejo Nacional:

«La patria no es nuestro centro espiritual por ser la nuestra, por ser físicamente la nuestra, sino porque hemos tenido la suerte incomparable de nacer en una patria que se llama precisamente España, que ha cumplido un gran destino en lo universal y puede seguir cumpliéndolo. Por eso nosotros nos sentimos unidos a España y no somos nacionalistas, porque ser nacionalista es pura sandez: es implantar los motivos más hondos sobre un motivo físico, sobre una mera circunstancia física; nosotros no somos nacionalistas, porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos; somos, ya lo dije en Salamanca otra vez, somos españoles, que es una de las pocas cosas serias que se puede ser en este mundo.»

José Antonio no se conduciría con igual patriotismo si le hubiera tocado nacer en cualquier otra parte. No. No podría articular la misma doctrina para otro pueblo. Las patrias grandes con misión universal, son pocas. Generalmente se formaron con conjunción de varios pueblos, como Roma, que de gentes diversas hizo una sola. Diversas lenguas y razas concurrieron a la gran unidad de destino. Para el gran escritor católico inglés Hilario Belloc solamente hay en Europa cuatro grandes patrias, cuatro con misión universal: España, Inglaterra, Italia, Francia, hijas las cuatro del Romano Imperio: Hispania, Britania, Italia, Galia. Las cuatro dieron a Roma emperadores. Recordaréis que Diocle-

ciano vió la luz en York. Me parece injusto excluir a Alemania, cuya cultura, sobre todo del XVIII acá, ha trascendido a la suerte espiritual de Europa entera. Es inconcebible la génesis del mundo moderno sin la participación de Alemania. Alguna vez he solido decir que estas cinco patrias, de universal misión, son aquellas que siempre tuvieron especial sobrenombre en los poemas medievales. Así, se llamaron: Castilla «la gentil», Francia «la dulce», Inglaterra «la alegre» —«Merry England»—, Italia «la bella», Alemania «la magna». Estas son las cinco cosas serias que, mirando a la misión universal de la Patria, se puede ser en este mundo.

La nomenclatura del globo terráqueo está sembrada con profusión sensacional de nombres españoles y británicos. Una nación se inicia en la historia contemporánea hoy con una misión universal, todavía solamente política, militar, técnica y económica. Pero, aún, la misión norteamericana no es un magisterio en las ciencias y las artes como fué la de las grandes patrias que civilizaron al mundo. Las señales más altas de esta misión universal tienen nombres propios: Cervantes, Shakespeare, Dante, Racine, Goethe, nombres que en las Américas aún no se han producido.

POLEMICA DE JOSE ANTONIO SOBRE LA PATRIA

José Antonio quiere someter a revisión crítica la misión universal de España. No admite ni la tosca falsificación patrioteria de las derechas ni la corrosiva ironía de las izquierdas. No quiere bebedizos de apologías endulzadas, ni de agrias diatribas. Quiere el agua clara, cristalina, luminosa. ¡Quiere la verdad!

La dialéctica de José Antonio sobre la idea de la Patria se emplea, sobre todo, en una polémica a la redonda. El había sido el primero, a lo largo de nuestra historia política, que se levantaba para combatir por igual a izquierdas y derechas. Pero no le reduce esto a batirse en dos flancos. Su idea de Patria es como un castillo asaltado por todas partes, victorioso por todas partes. Nunca hubo en España tan varia diversidad de partidos, grupos y tendencias como entonces. Las derechas eran de varios modos o de varias modas, desde el nacionalismo de Maurrás al democristianismo de Don Sturzo. Unas derechas se entregaban a apologías encendidas de España y su glorioso pasado y a la exposición

de doctrinas patrióticas, que remozaban el antiguo conservadurismo el antiguo carlismo o la acción ciudadana de mauristas y profesaban lo que se llamó «españolismo». Otras derechas eran frías en su amor patrio. Convivían cómodamente con separatistas y masones, votaban tan contentas los estatutos y hacían todo lo posible, aliadas a los radicales, para que perdurase la vergüenza del régimen del 14 de abril. José Antonio combate a estas nuevas derechas con implacable furia y sarcástico verbo. Tan grave estima contra la Patria el pecado de los violentos que la ofenden como el de los fríos y pusilánimes que no la defienden.

SOCIALISMO Y SEPARATISMO

A los dos extremos se dirige su brío polémico en el orden de las ideas: el socialismo y el nacionalismo, sobre todo en su especialidad separatista. Ni con la doctrina de Marx, ni en nombre de segundas ni terceras internacionales, ni con una interpretación materialista de la historia, ni con una especie de misticismo romántico y naturalista de la masa, admite él que se haga la justicia entre los españoles. Porque la justicia es el primer deber y la primera condición del Estado, y precisamente la justicia social la más patriótica y popular de las justicias. Esta justicia social es primeramente, en sí misma, un bien necesario para toda la comunidad española, pero, además, es un sustento necesario de la unidad de destino, que jamás un Estado socialmente injusto podría invocar ante los ciudadanos. La unidad de destino sólo puede elevarse a las altas y universales empresas cuando tiene cimiento en la unidad, en la concordia, en la hermandad de las gentes de España, sobre una base de justicia que, en este caso, equivale a decir una unidad de amor y pan bien compartidos entre los españoles. Los millares, los millones de ciudadanos que padecen injusticia social, solamente a través de la justicia vendrán a incorporarse al servicio de la Patria, a sentir la ambición de su irrenunciable futuro. Nadie querrá hacer grande la Patria mezquina de unos pocos privilegiados, sino la Patria grande de todos.

Así como toda su polémica contra el socialismo y su escisión entre las clases, corresponde al empeño de establecer una unidad entre los hombres y las clases de España, su polémica contra el

nacionalismo corresponde al empeño de mantener la unidad política e histórica, que, en definitiva, tiene su correspondencia filosófica y religiosa.

EL PECADO GENERAL DE ESCISIÓN

Un pecado general de escisión, un pecado general de separatismo, viene disgregando, corrompiendo a Europa desde la Reforma luterana. Y cuando hablamos hoy de la decadencia y la posible ruina de Europa, hemos de remontarnos a aquel principio. Nunca las herejías tomaron tal carácter de nacionalismo, de separatismo, de territorialidad, como en la Reforma. Hasta entonces no se empezó a hablar de iglesias nacionales. El jefe del anglicanismo es el rey o la reina de Inglaterra, y el anglicanismo, una religión especial para ingleses, súbditos de la corona británica. ¡Parece inaudito! Otras herejías o cismas, frente a Roma, querían ser una verdad para el mundo. Pero el anglicanismo quiere ser una verdad religiosa para los ingleses.

A este separatismo religioso siguió el filosófico, que culminó en el siglo XVIII, cuyos indiscutibles y excepcionales progresos en el orden de la cultura no pueden librarle de su gravísima caída en el pecado general de escisión. Fué la hora del separatismo en la cultura, del funesto divorcio entre las ciencias especulativas y experimentales, entre el espíritu y el cuerpo, con la recusación de la Metafísica y el menosprecio de aquella armoniosa jerarquía de saberes humanos que había constituido el antiguo árbol de la ciencia.

El siglo XIX y el siglo XX heredan este pecado original de escisión, este afán malsano de romper las grandes unidades, de fraccionar, de separar, de destruir cuanto en religión, en ciencia, en historia, converge a una unidad de destino en lo universal. En el mismo anticolonialismo cerrado hay este veneno disgregador. Porque si España, Francia, Inglaterra y otros pueblos de Europa no hubiesen sido colonias de Roma, y si en América, en Asia, en Africa, en Oceanía, muchos pueblos no hubiesen sido colonias de España, de Francia, de Inglaterra, la civilización no existiría. Los colonizadores han sido los primeros libertadores de los pueblos. Porque sin ellos no hubiera sido posible con el misionero, al que

abrieron el paso, la primordial liberación, que es la liberación del pecado y la liberación de la barbarie.

El nacionalismo vasco o catalán es para José Antonio culpable de separatismo frente a España, como un nacionalismo español sería culpable de separatismo frente a la unidad universal. Ni Vasconia ni Cataluña pueden ir contra la armonía de la Patria común: España. Pero tampoco España puede ir contra la armonía universal. No puede contradecir con su destino, ni el destino del mundo hacia Dios, ni el fin último del hombre, de cada hombre, como parte de ese religioso y universal destino.

EXALTACION DE JOSE ANTONIO

En José Antonio hubo dos extremos del alma que muy rara vez coexisten en los seres humanos: una mente platónica contemplativa, especulativa, y una voluntad heroica, activa, con ánimo de alegre milicia.

Lo mismo le podéis concebir en el pensativo silencio del filósofo que en el estruendo de la línea de fuego, cargando a caballo o a la bayoneta, lanzándose a la pugna, ciego de ira, como yo le he visto en los violentos choques de la calle, en el cuerpo a cuerpo con pistoleros y matones, que aun a los valientes de la guerra impresiona. Su grandeza se mide por los extremos de su alma sin par. Alma la suya irónica y edificante como ninguna. Alma desdenosa de todo lo falso y confuso; enamorada de todo lo verdadero. Alma durísima, difícil, refractaria, por aquella su virginidad de cristal, impenetrable para cuanto no fuera luminoso. Alma delicada, sensible, ardiente, generosa, henchida de viril ternura. No tenía nada que ver con cuantos políticos le habían antecedido y se recordaban desde generaciones. No se parecía a lo que era «el político», por ejemplo, para Azorín, gran cronista parlamentario y diputado de don Juan de la Cierva. José Antonio era mucho más que un político. Por eso él pudo, con su escasa hueste y sus cortos años de acción, lo que los políticos «ya no podían» y lo que en España «nadie podía». Su idea de Patria es la más alta y pura que los españoles, y aun la gente de toda Europa, hayan conocido. José Antonio implicó el amor de la Patria con las fibras más sensibles, poéticas y proféticas del corazón, con las ideas más elevadas y cristalinas del entendimiento, con los fines más nobles

y generosos de la voluntad. Vivió solamente para sus ideas y, lo que no siempre sucede, supo morir, alta la frente, por las ideas que había defendido y difundido, por una armonía superior, por una armonía libertadora de las gentes hispanas. Adoró sobre todas las cosas la unidad, la armonía del canto platónico, sustento de los cielos y de las almas, música necesaria, concordia, amor que mueve el sol y las estrellas. En verdad os digo, camaradas: Para sus ideas vale la pena de vivir. Por sus ideas vale la pena de morir.»

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

